



Moreno Pestaña, José Luis (2021). *Los pocos y los mejores: Localización y crítica del fetichismo político*. Ediciones Akal. 134 páginas

Zoe Pereira González
Universidad Complutense de Madrid  

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.92902>

Los pocos y los mejores: Localización y crítica del fetichismo político, obra ganadora del Premio Internacional de Pensamiento 2030, presenta un diagnóstico político de las tendencias oligárquicas de las democracias occidentales contemporáneas y algunas propuestas de acción en contra de esa inercia, que permiten pensar la actividad democrática desde coordenadas diferentes a las usuales. Así, lleva a cabo un ejercicio de originalidad que empuja a reflexionar en torno a otras formas posibles de participación política.

Moreno Pestaña, profesor de filosofía en la Universidad de Granada, se apoya en sus conocimientos sobre la democracia en la Grecia clásica para realizar un análisis concienzudo sobre el estado actual de la democracia liberal -tarea para la que su libro anterior, *Retorno a Atenas: La democracia como principio antioligárquico* (2019, Siglo XXI), supone un preludio fundamental-. En el título de esta obra, de hecho, se hace explícita una de las principales tareas que ahora aborda en *Los pocos y los mejores: cómo la democracia puede y debe hacer uso de los múltiples mecanismos que la experiencia política a lo largo de los siglos le ha brindado para hacer frente a la oligarquía que envenena nuestras instituciones*.

Ante la corrupción, la ineptitud o la toma de decisiones equivocadas, una intuición relativamente extendida es que un ciudadano común tendría un mejor desempeño en la política que alguien que, parafraseando a Weber, tomara *la política como profesión*. Esta intuición se halla enraizada en la democracia antigua, donde ciudadanía era equivalente a participación política, y quien no participaba de lo público era un *idiota*, que en su sentido etimológico refería a quien únicamente se preocupaba *de lo suyo* y no *de lo de todos*. Esta cuestión, más allá de lo acertado de dicha intuición, pone de manifiesto dos cosas de importancia: primero, que existe una sensación de disconformidad con respecto al modo en que nos gobiernan, y segundo, que es posible imaginar modos alternativos de hacer política.

El profundo conocimiento del autor con respecto al pensamiento de Aristóteles no hace que defienda una actualización moderna de su propuesta política, en la medida en que un gobierno democrático de corte aristocrático sería, a día de hoy, impensable. Aunque accediéramos a estar gobernados por 'los mejores', los criterios de elección de esa ciudadanía gobernante serían profundamente discutidos, en la medida en que dentro de la política no hay consenso con respecto a cuáles son las cualidades, el conocimiento o la experiencia que hace de un gobernante 'el mejor gobernante'. Si estableciéramos como criterio el conocimiento específico de determinadas materias, el gobierno resultante sería una aristocracia tecnocrática o, en palabras de Pestaña, una oligarquía de carácter epistocrático. Huelga decir que la política, en efecto, requiere de profesionales especializados en algunas áreas de conocimiento, pero este no puede ser en absoluto el requisito de corte, ya que el ejercicio de la política precisa de muchas otras habilidades. Con todo, Pestaña señala que algo imprescindible en política es reconocer la ignorancia, en tanto que individuos honestos cuyas competencias se encuentran en disposición de ser mejoradas, para evitar una forma de política que se piensa a sí misma como omnipotente.

El inicio del libro contextualiza y describe la situación democrática actual, desembocando en el planteamiento del 'fetichismo político'. Bebiendo del fetichismo de la mercancía marxista, Pestaña emplea este concepto para referirse al modo en que la ciudadanía -incluyendo aquí tanto a gobernantes como a gobernados- percibe una determinada situación política no como contingente, sino como necesaria. Se trata de la tendencia a la acumulación de prestigio individual-político a partir del amoldamiento a una norma concreta, en lugar de buscar un intercambio que responda a necesidades y solucione problemas. Su dinámica consiste en "extraer el máximo reconocimiento aportando lo menos posible. La organización permite actuar según la lógica de exprimir a favor propio, minusvalorando las nece-

sidades de las personas implicadas” (p. 65). De esta manera, la política es percibida como algo dado, inerte e inmóvil, cuyo funcionamiento está dado de antemano, y donde la capacidad de agencia de los individuos es prácticamente nula.

Pestaña localiza cuatro fetichismos políticos, dos en el plano organizativo y otros dos en el plano económico, surgidos de errores atributivos y ontológicos, es decir, ambos dan estatuto de realidad a la mera apariencia y atribuyen erróneamente capacidades a individuos. Este es, a nuestro juicio, uno de los puntos más interesantes del libro en tanto que aporta valiosas herramientas analíticas.

La división que realiza Pestaña con respecto a estos cuatro fetichismos es la siguiente. Por un lado se encuentra el ‘fetichismo desde abajo’, que incluye al fetichismo de la mercancía y al fetichismo organizativo, y por otro lado, un ‘fetichismo desde arriba’, donde se encontrarían el fetichismo del capital y el fetichismo del capital organizativo. El fetichismo de la mercancía consiste en la atribución de valor a los productos intercambiados en el mercado y el desconocimiento del proceso productivo que los ha generado. El fetichismo organizativo consiste en la atribución a uno mismo de capacidades más reducidas de las realmente poseídas. El fetichismo del capital consiste en la creencia de que la riqueza procede del capital, sin atender a las estructuras inferiores de explotación de la fuerza de trabajo que de facto genera esa riqueza. Finalmente, el fetichismo del capital organizativo consistiría en lo contrario al fetichismo organizativo, la atribución a uno mismo de capacidades mucho mayores de las realmente poseídas (pp. 66-67).

Estos fetichismos políticos están integrados en las democracias liberales del presente, cuyos procesos electorales y dinámicas internas terminan operando al modo de los mercados, con estrategias competitivas que buscan destacarse frente al resto. En cierto sentido, bajo la democracia late una esencia aristocrática, en la medida en que la política se encuentra “gobernada de facto por un círculo reducido de líderes en competencia” (p. 72). Así las cosas, Pestaña procede a analizar algunas herramientas de uso político que podrían situarse como alternativas robustas frente a los mecanismos monolíticos imperantes, entre ellas, las asambleas de ciudadanos, o el sorteo.

Con respecto al primero, el autor advierte de la ingenuidad que supone el pensar que un método de democracia asamblearia y participación directa permitiría solventar los problemas de la democracia representativa, precisamente por el hecho de que la posición de igualdad vendría concedida de iure, pero no de facto, habiendo diferencias de conocimiento, de prestigio y de genuina implicación política, lo cual disiparía rápidamente la ilusión de la igualdad en dicha asamblea. De esta manera, “una asamblea es profundamente aristocrática y en ella tienden a filtrarse poderes ajenos al espacio político” (p. 74). Si bien esto es en parte cierto, ya que si a día de hoy se implantara una asamblea al estilo de la *Boulé* ateniense, aparecerían tarde o temprano estas asimetrías, ello no implica que la asamblea

sea esencialmente aristocrática. Basta con pensar en otros ejemplos asamblearios, más alejados de la Grecia clásica y más cercanos a los barrios del presente, para cambiar de parecer. La experiencia nos muestra que en asambleas de vivienda, de barrio, o estudiantiles, la conciencia con respecto a estas dinámicas de poder es latente, y se intentan evitar con diferentes mecanismos y la predominancia de una actitud colaborativa no jerarquizada. Por ello, afirmar que “la asamblea no se diferencia lo suficiente de los regímenes de mercado” (p. 74) resulta quizás exagerado, pues la asamblea *per se* carece de cualidades inherentes, sino que son los participantes los que hacen de ella un lugar de igualitaria participación o de hostil competición.

En lo que refiere al sorteo, resulta un buen método de promoción de la ciudadanía al terreno de la política, que a su vez permite evitar los inconvenientes de otras herramientas que generarían brechas. El sorteo, en última instancia, no toma en cuenta diferencias epistocráticas existentes entre los ciudadanos, sino que a través del puro azar elige al ciudadano cuya decisión se precisa. El ser elegido mediante sorteo, reuniendo apenas ninguna condición más allá de disponer de la nacionalidad del país y ser mayor de edad, es lo que precisamente enriquece la sociedad y la democracia al convertir a sus ciudadanos en actores políticos activos con independencia de cuestiones epistémicas, sociales y económicas. O al menos, esta idea debería ser la meta ideal a perseguir. El autor pone de manifiesto en el cuarto y último capítulo que uno de los principales obstáculos que impiden a la ciudadanía tomar parte activa en la política y que, por ende, supone igualmente un factor clave a la hora de generar oligarquías, son las diferencias sociales que colocan a unos y a otros en situaciones vitales radicalmente diferentes. Está claro que una persona de clase obrera, con una jornada laboral de ocho horas diarias, con hijos y tareas de cuidados a realizar no va a disponer del tiempo necesario para involucrarse en la política: no tiene los medios para ello. Por el contrario, quienes gozan de condiciones de vida mucho menos exigentes, tendrán el camino más allanado para intervenir de manera activa y eficaz en unas u otras formas de participación política. Estas observaciones, muy acertadas, ponen de relieve el hecho de que “resulta psicológicamente inviable el compromiso democrático tras jornadas laborales organizadas desde relaciones de servidumbre” (p. 122).

El libro, en definitiva, cumple la misión que se propone: derribar algunas ideas sobre la política que han quedado petrificadas en nuestras mentes como si de realidades inevitables se trataran, y reabre la pregunta por el funcionamiento y la organización de nuestra democracia. Pestaña anima a que, en vez de asumir el anquilosamiento de la tendencia oligárquica, o caer en el derrotismo conformista de un sistema político imperfecto, tomemos conciencia de que nada ha de darse por supuesto y que la ciudadanía tiene no solo la posibilidad, sino la capacidad, de ocupar un espacio mucho más relevante en la política de lo que se le ha hecho creer.